

de muy mal talante, esforzándome en poner cara indiferente:

—Ese joven... es... vamos, un joven... muy desgraciado por cierto, si Vd. no lo remedia.

—¿Yo?... ¿Y en qué puedo servirle?

—¡Ay! para un hombre como Vd. no hay nada imposible. Por su mucho talento ha logrado ganarse una buena posición; es amigo de Antonio I, del infante, y tiene gran poder en la corte...—añadió con mucha zalamería.

—¡Yo!

—O en el gobierno. ¡Qué gusto para la madre que tal hijo crió! Verle encumbrado por sus méritos nada más y gran entendimiento; verle solicitado de los grandes señores y hasta de los obispos... No sabemos á dónde va á llegar Vd., Sr. de Pipaon, y si no pira de subir, le veremos ministro ó gobernador del Consejo ó embajador el día ménos pensado.

—Gracias, señora doña Presentacioncita. Pero...

—Pero... déjeme Vd. seguir—repuso impaciente, porque la revelación del principal secreto le habia devuelto su normal viveza y desenvoltura.

—Ya oigo.

—Decia que si Vd. me libra de la grande aflicción que tengo, rezaré todas las noches

un padre nuestro para que Dios le haga á usted embajador ó ministro.

—Hecho el trato—respondí riendo.—Su novio de Vd...

—¡Por Dios y todos los santos, sea Vd. reservado! He hecho á Vd. esta confianza porque conozco su prudencia, su bondad, su discrecion. Antes moriria que fiarme de Ostolaza.

—Lo creo.

—Y si Vd. dice alguna palabra por la cual mi señora madre pueda sospechar...

—¡Oh!... lo que es eso...

—Entónces tomaré venganza tan horrenda, tan espantosa...

—Lo creo, sí, lo creo sin juramento.

—Tan espantosa, que... vamos: ya estoy teniendo compasion de Vd. ¡Oh! de veras... será Vd. el más desgraciado de los hombres.

—El más feliz seré si consigo sacar á Vd. de ese mal paso...

—A mí no, á él—exclamó con viveza.

—¿Quién es? ¿No se puede saber?

—Vd. le conoce—dijo, fiando á mi penetracion lo que sólo correspondia á su franqueza.

Avergonzábase de pronunciar el nombre de su adorado; y todo era medias palabritas, reticencias, adivinanzas, mucho de *que se quema usted*, hasta que al fin, con más trabajo que para

sacar alma del Purgatorio, le saqué del cuerpo el dichoso vocablo, resultando que aquella Tisbe tenia por Píramo á un mozalvete de buena familia, llamado Gasparito Grijalva, hijo de don Alonso de Grijalva, propietario muy adinerado.

—¿Y en qué aperturas se encuentra ese jóven, que tanto necesita de mí?

Presentacioncita se sintió conmovida, y llevándose el pañuelo á los ojos, dijo:

—Está preso.

—Vamos, madamita, no llorar. Eso no conduce á nada—repuse, dándole algunas palmadas en el hombro.—¿Y qué diabluras ha hecho?... ¿Alguna pendencia, alguna disputa quizás por esos lindos ojos?...

—No es nada de eso—añadió sollozando.—Le prendieron porque en el café dijo que Su Majestad era narigudo.

No pude contener la risa.

—¿Por eso, nada más que por eso?

—Y por haber dicho que Su Majestad escribia cartas á Napoleon desde Valencey, felicitándole y pidiéndole una princesa para casarse.

—¡Oh! grave desacato es ese...

—¡Ay! Sr. D. Juan—exclamó, cubriéndose el rostro y llorando sin freno—yo me muero de afliccion, yo no puedo vivir...

—Calma, mucha calma, señora mía, y discurremos lo que se ha de hacer.

—¡Y dicen que le van á ahorcar, Sr. de Pipaon!—añadió, volviendo á mostrar los ojos, más bellos entre la humedad del llanto, como es más bello el sol despues de la lluvia.—Eso seria una iniquidad, un crimen... ¡Ahorcarle por decir una tontería!...

—Por eso se ahorca hoy... Discurremos. El delito es horrendo...

—¿Horrendo?

—Sí; ¡calumniar á Su Majestad, diciendo que anduvo en tratos con el infame mónstruo...

—¡Cosas de muchachos! Como su padre es algo liberal, segun dicen, y parece que no quiere toda la Inquisicion, sino una parte de ella, desean castigarle en la persona del pobre, del inocente Gaspar... ¡Ah! ¡Si viera Vd. qué carta me escribió ayer!... Yo no sé cómo se las compuso para escribirla en la cárcel y enviármela, pero ello es que la recibí. Me suplica que le mande secretamente un cordel ó un puñal para darse la muerte, ántes que el verdugo ponga sus manos sobre él. ¡Esto parte el corazon! Parece que siento ya el puñal clavado en mi pecho y la cuerda alrededor de mi cuello... Y gracias á que Dios me ha deparado un amigo tan bueno y generoso como Vd., pues ¿quién

duda que beberá los vientos para que pongan á Gasparito en libertad?

—Falta que lo consiga, porque la justicia no se anda ahora con tiquis miquis, y si bien es posible que el niño no lleve corbata de cáñamo por ahora, casi casi se le puede dar una carta de recomendacion para los que están en Ceuta ó en Melilla.

—¡En Africa, en presidio!... Para Vd., segun dicen, no hay nada difícil, todo lo consigue y es el más activo correveidile, el más bullidorcito y hormiguilla de los empleados públicos de hoy.

—Gracias.

—De modo que si Vd. no quiere verme morir de pena, si Vd. no quiere que le maldiga en mi última hora, y que desde este momento le aborrezca como á mi más cruel enemigo, prométame que dentro de unos pocos dias estará Gaspar en libertad.

—Mucho pedir es, señora doña Presentacióncita. Yo no tengo poder en la córte, ni en la camarilla, que es donde se prende y se suelta á todo el mundo. ¿Por qué no se franquea Vd. con Ostolaza?

—¡Jesús, ni pensarlo!—exclamó con espanto.—Se lo contaria todo á mamá.

—En fin, yo haré lo que pueda—dije, pro-

metiéndome interiormente no volver á ocuparme de tal asunto.

—¡Lo que pueda!... eso es bien poco. Ha de hacer Vd. lo que no pueda, lo imposible, señor de Pipaon. Por ahí le llaman á Vd. Santa Rita.

—Mucho se me pide,—indiqué dulcemente, discurriendo que bien podían darse algunos pasos, con tal que fueran remunerados de alguna manera,—y nada se me ofrece.

—¿Y mi agradecimiento eterno, mi amistad, lo mucho que rezaré por Vd. para que siempre goce buena salud y llegue á ser, cuando ménos, ministro, y pueda hacer beneficios á los necesitados?—repuso con hechicera sonrisa, que valía más que todas las razones, y podía más que todos los ruegos.

—Presentacioncita—dije, acercándome más á ella.—Nunca creí que una niña tan linda, tan discreta, tan bondadosa, de tantísimo mérito como Vd., fuese á caer en las redes de un...

—Ménos incienso, Sr. D. Juan—replicó con malicia,—hoy no estoy para zalamerías.

—Pues qué, ¿esos ojos celestiales, esos...

Alargué una mano para tocar la suya, cuando rechinaron los goznes de la puerta y yo salté en mi silla. La puerta se abrió, dando entrada á una figura pomposa, que desde su

primer paso y desde su primera mirada empezó á irradiar magnificencia dentro de la habitacion. Era doña María de la Paz Jesús, hermana del señor marqués de Porreño, y desde la muerte de éste, jefe de la ilustre cuanto desgraciada familia (\*). Venia de la calle, y como era mujer de corpulencia, con el cansancio y la pesadez de sus carnes traia muy sofocado el rostro y fatigosa la respiracion. Sentóse al punto, sin despojarse del manton ni soltar el ridículo, abanico, sombrilla y manojo de papeles que en la mano traia como Minerva sus atributos, y lejos de enojarse por verme allí á hora tan impropia, pareció alegrarse mucho de mi presencia.

Aquella señora tan grave, tan rigurosa, tan ceñuda, tan implacable con toda clase de libertades, sonreia ante mí, dignándose echar el velo de su delicadísimo disimulo sobre aquel coloquio á solas, que en época posterior habria sido inocente, pero que en tiempos tan honestos era poco ménos que escandaloso, casi nefando. Yo esperaba una tempestad, y me encontré con un arco íris.

Oigámosla ahora.

---

(\*) Véase *La Fontana de Oro*.

## X

Antes de responder á mi saludo, me dijo:

—Espero que Vd., Sr. de Pipaon, como hombre de gran influencia, amigo de Ugarte, Alagon y Pedro Collado, nos apoyará en nuestra justa pretension, haciendo cuanto esté de su mano para que salgamos adelante.

—¿Y cuál es el asunto?...—pregunté confundido.

—¿Pues no lo sabe Vd.? ¿No estuvimos hablando de eso más de dos horas anteanoche?

—¡Oh sí, señora mia, ya recuerdo, es...

—La moratoria que pretendemos... Ya hemos hecho la solicitud á Su Majestad, y se nos ha prometido que pronto se dará cuenta de ella en la régia Cámara, y que la apoyarán los más cariñosos amigos del soberano.

—¿Una moratoria? ¿Conque una moratoria?...

—Nada más justo—dijo doña María de la Paz, con el acento de una conviccion profundísima.—Ni se me alcanza por qué han de ser tan lentas y fastidiosas las formalidades para concederla; debiera ser cuestion de un par de dias

y de una esquelita de Su Majestad al Real Consejo.

—Señora, una moratoria siempre es asunto de gravedad.

—Pero no en el caso presente, Sr. de Pipaon—exclamó con viveza arrojando de sí una llamarada de soberbia que se extinguió bien pronto, como las chispas brotadas del pedernal.—Nosotras reclamamos una cosa muy justa. Mi padre y mi hermano contrajeron algunas deudas... la cantidad no hace al caso. Hicieronlo así, porque el lustre de nuestra casa lo exigía, pues sólo en una comida y fiesta de caza y pesca que se dió al Rey, al pasar por Montoro, cuando la batalla de las Naranjas, se gastaron treinta mil ducados. Ahora los acreedores, de los cuales el principal es D. Alonso de Grijalva, han dado en reclamar su dinero y quieren apropiarse las fincas libres que nos quedan, pues bien sabe Vd. que el mayorazgo, conforme á la ley de su especial instituto, se ha extinguido en nuestra línea por falta de varon.

—Ya, ya sé. ¿Vds. por falta de varon?... Comprendido.

—¿Cómo es posible, pues, que un Rey justiciero, que ha venido á restablecer en España las buenas doctrinas y á limpiar el reino de toda impiedad y bajeza, consienta en este despojo,

en este embargo inícuo, insólito, irrespetuoso con que se nos amenaza?

—Señora, los acreedores... Ellos dieron, mejor dicho, colocaron su dinero...—indiqué respetuosamente.

—Sí, señor—añadió, despidiendo otro chispazo de soberbia que iluminó velozmente su rostro.—¿Pero qué vale su dinero?... ¡Miserable metal! Como si no hubiera en el mundo más que dinero... ¿Pues y las virtudes, pues y las glorias y grandezas del reino, pues y el lustre, fíjese Vd. bien, el lustre de las familias?

—El lustre. Sí, convengo en que el lustre...

—No, no es posible que un gobierno justo nos quite la hacienda que honrosamente poseyeron nuestros antepasados. ¡A dónde vamos á parar! Estaría bueno que un D. Alonso de Grijalva, un hombre que ha salido de la nada, pues público es y notorio que vino á Madrid de la Maragatería, conduciendo un par de mulas; estaría bueno, repito, que un D. Alonso de Grijalva, fíjese Vd. bien, un D. Alonso de Grijalva, se calzase nuestros estados de Galicia y Aragon. ¡Oh! Es zapato muy grande para tal pié. Esos hombrecillos, nacidos de los tomillos y mastranzos, tienen una osadía que espanta. Tanto alzaron el vuelo en tiempos de la Constitucion, que se creian dueños del mundo,

y por lo que veo, aún despues de vueltas las cosas á su ser y estado primero, continúan alzando la cabeza y amenazando con sus viles usurpaciones.

—En suma, Vds. solicitan que se ponga coto al inconcebible atrevimiento de los que han dado en la flor de llamarse acreedores.

—¡Oh, nosotras no negamos la deuda, ni tampoco el propósito firmísimo de pagar algun dia—repuso con voz firme.—Pero deseamos que esos señores confíen en nuestra probidad y esperen tranquilos la hora oportuna de recoger lo suyo. ¿Pues quién duda que es suyo? Nuestra pretension no puede ser más natural. Sólo pedimos á Su Majestad que nos conceda una moratoria nada más que de diez años, fíjese Vd. bien, de diez años...

—Ya estoy fijo, sí. Me parece muy justo. Dentro de diez años...

—No creo que Su Majestad, tan piadoso, tan buen cristiano, tan justiciero, tan cariñoso para todos los que no nos hemos contaminado de la constitucional pestilencia, niegue una pretension tan razonable, mayormente si considera que el fiero enemigo, de cuyas garras queremos librarnos, es un hombre á quien suponen un poco desafecto al régimen actual.

—El Sr. de Grijalva no se mezcla en poli-

tica. Es hombre modestísimo, que sólo se ocupa de gobernar su casa y sus intereses.

—¡Oh! qué mal lo conoce Vd.—repuso con súbito arranque.—Si yo dijera que no hay lengua más cortante contra el gobierno ni tijera más diestra que la suya para cortar vestidos á los amigos de Su Majestad... En fin, ¿qué tal hombre será y qué tal educacion dará á sus hijos, cuando ha sido preso Gasparito por desacatos al Rey y no sé qué abominables dichos y hechos?

—Parece que el niño dijo en un café que Su Majestad era narigudo.

—Algo más seria—afirmó doña María de la Paz, con verdadera saña.—Descubrióse que andaba en lógias, escribiendo papeles y reclutando gente de mal vivir.

Presentacion parecia de cera.

—¡Oh! si es cierto—afirmé—el hijo y el padre lo pasarán mal.

Presentacion parecia de mármol.

—No, tales infamias no pueden quedar sin castigo. Veo que Su Majestad, llevado de su buen corazon, está por las blanduras y perdona á todo el mundo. ¡Escarmiento!... duro en ellos, Sr. de Pipaon. ¡Si no se castiga á nadie!

Presentacion habia enrojecido y parecia de fuego.

—Pero cualquiera que sea el fin de estas abominables conspiraciones—continuó la dama—Vd. tomará á pechos nuestro negocio, usted nos prestará su poderoso apoyo, Vd. arrimará su hombro al sagrado muro, fijese Vd. bien, al sagrado muro de nuestra moratoria. ¿No es verdad amigo mio?—dijo doña María de la Paz, levantándose para retirarse.

—Yo...

No pude decir más, porque en aquel instante concebí una idea grandiosa, colosal, una de esas ideas que de tarde en tarde fulguran en el cerebro del hombre, abriendo ante sus ojos inmenso horizonte en los espacios de la vida, una idea que absorbió mis potencias todas por breve rato, no permitiéndome ver cosa alguna, ni pensar en nada que estuviese fuera de la esfera de mí mismo. Tras de la idea vino un propósito firme, poderoso, y despues un plan, cuyo sencillo organismo se me representó clarísimo en todas sus partes.

—Señora, no necesito decir qué haré los imposibles porque se consiga esa moratoria,—manifesté con artificioso interés á la dama, cuando se retiraba.

Despues volví al lado de Presentacioncita. Su cólera, mal contenida, se desahogaba en amargo llanto.

—Adorada y adorable niña—le dije con acento de profundísima verdad.—No llore usted: todo se arreglará.

—Vd. es muy bueno, ¿Vd. será capaz?...—dijo levantándose y poniéndose ante mí con las manos cruzadas, como se pone la gente piadosa y afligida delante de una imagen.

—Tranquílcese Vd.; Gasparito será puesto en libertad—afirmé con el mayor aplomo.

—¿Cuándo?

—Cuando se pueda. No hay que impacientarse. El muchacho no irá á presidio.

—¡Oh! ¡Qué hermosas palabras!—dijo saltando de alegría y secando sus lágrimas.—De modo que no...

—No le condenarán.

—¿Vd. lo promete?

—Solemnemente.

—¡Qué bueno es Vd... pero qué bueno! ¡Ay qué guapo es Vd.! Sí, ¡qué guapo y buen mozo me parece! ¿Por qué no lo he de decir? ¿Conque Vd. promete que no le harán daño?

—Lo juro. Oigalo Vd. bien. Lo juro.

—¡Oh! gracias, gracias, Sr. de Pipaon. Que Dios le dé á Vd. la gloria eterna, y en este mundo mucha salud, toda la felicidad, todos los destinos de la nacion, todos los sueldos, todas las encomiendas, todas las grandes cruces

del mundo, y aún me parece poco para lo mucho que Vd. merece.

Diciéndolo así y desahogando en tiernos votos la loca alegría de su corazón, alargaba hacia mí sus cruzadas manos con ademán patético.

Salí de la casa. ¿Cuál era mi idea, mi propósito, mi plan? Se verá más adelante.

## XI

Ugarte era muy amigo del duque de Alagon, capitán de Guardias de la Real persona, inseparable acompañante del monarca dentro y fuera de palacio. Yo también tuve relaciones estrechas con el duque, á quien visitaba frecuentemente por encargo de D. Antonio, para tratar de asuntos reservados, en los cuales no era posible otra tercería que la del nieto de mi abuela.

Por cuenta, pues, de Ugarte y por la mía propia (llevado del luminoso plan que mencioné más arriba), fui á ver cierto día al señor duque de Alagon, que vivía en palacio. Cuando entré en su despacho, Su Excelencia no estaba solo. Acompañábale un hombre de media-

na edad, de aspecto no desagradable, aunque tenia muy poco de fino, de semblante fresco, rudo, como de quien en su crianza vivió más bien al desamparo de los montes que en la regalada comodidad de los régios salones; vestido lujosamente, aunque sin ninguna elegancia, con librea de muchos galones; un personaje, en fin, del cual se podia decir que era un cortesano que parecia lacayo, y un lacayo que parecia cortesano. Recostado en muelle sillón, fumaba un habano, y su coloquio con el duque era tan corriente y por igual, que dos duques no se hubieran hablado de otro modo... ni tampoco dos lacayos.

Cuando entré, el duque dijo:

—Podemos seguir hablando, Sr. Collado. Pipaon es de confianza y no importa que nos oiga.

—Es que Su Majestad se despertará pronto; llamaré y tengo que llevar el agua;—repuso Collado mirando el reló.

—Aún hay tiempo—dijo el duque vivamente.—Para concluir, Sr. Collado...

—Para concluir, señor duque...

—Concedo las dos bandoleras, á cambio de la canongía.

—Que no puede ser, que no puede ser...

—Pues vaya... tres bandoleras.

—¡Qué pesadez de hombre—exclamó el de la librea, que no era otro que el eminente Chamorro, ayuda de cámara de un alto personaje.—He dicho á Su Excelencia que me pida el arzobispado de Toledo ó media docena de mitras sufragáneas, pero que me deje en paz esa canongía de Murcia, que es plaza de gran empeño para mí, porque la tengo prometida al sobrino de mi cuñada.

—Pues precisamente esa canongía de Murcia y no otra es la que yo quiero con preferencia al arzobispado metropolitano—afirmó el duque agitando los brazos.—Se la prometí á la condesa, se la prometí, le dí mi palabra de honor... Sr. Collado, por amor de Dios... Disponga usted de dos plazas de guardia... vamos, de tres.

—Ni de cuatro. ¿Para qué quiero yo eso?—repuso Collado con desden, contemplando el humo que desde su boca subia hasta el techo en blancas espirales.—Traigo entre manos la comandancia general de la plaza de Santoña...

—Ya sé para quién es eso—dijo el duque con presteza.—Ya se convino en darla al marido de la Pepita.

—De doña Rafaela, dirá Vd., de doña Rafaela.

—¡Doña Rafaela! Esa mujer es insaciable. Se ha llevado ya todas las plazas fuertes, y

quiere tambien echar mano al Consejo Supremo de la guerra. No he visto mujer que tenga más parientes. Es prima, hermana y sobrina de medio ejército... ¡Y la pobre Pepita á quien yo prometí!...

—No faltará para ella—repuso Collado.—En esa lista de vacantes que tiene Su Excelencia, ¿no se le habia señalado á Pepita (para su tío el clérigo, se entiende), la Colecturía general de Expolios y Vacantes, Medias Annatas y Fondo Pío benefical?

—Si no hay tales vacantes—repuso el duque con mal humor;—las he provisto todas. Veamos otra cosa. ¿quién cae?

—Ya recordará Vucencia los que perecieron anoche—manifestó Collado, sonriendo con malicia.—Está abierto el hoyo para dos consejeros de Ordenes, por *tíbios* y amigos de Macanáz.

—Y para el director de Tercias Reales, si no recuerdo mal.

—Y para dos beneficiados del *Venerable é inmemorial cabildo de Guadalajara*.

—Tambien tiene la marca en la frente—añadió el duque, con satisfaccion parecida á la de los labradores cuando hablan de buena cosecha,—el superintendente de Correos, por haberse negado á dar cuenta de aquellas cartas sobre el baile de máscaras.

—Muchos puestos hay—afirmó Chamorro con enfáticas pretensiones de gracejo,—pero hoy han venido tres obispos con trescientas solicitudes de guerra ó marina. Esto es mezclar berzas con capachos.

—¡Qué demonio!... ¿Y destierros, hay muchos?

—Tal cual... así andamos. Pero ¿no se le concedieron á Vucencia unos trece ó catorce la semana pasada?

—Es verdad; pero los he gastado todos. Quisiera más—dijo Alagon con disgusto.—¿No ve Vd. que necesito muchos puestos vacíos? ¡La condesa, Juanita, doña Romualda! Si no me dejan respirar... Esa gente con nada se satisface. Creen que la nacion se ha hecho para ellas. Ya se vé: como ellas parecen hechas para la nacion...

—Pues Su Majestad hace dias que anda muy reacio, señor duque,—afirmó Pedro con burda socarronería.—Dice que abusamos.

—¡Que abusamos!

—Y que es preciso en la provision de destierros dejar algo á los ministros, porque estos se quejan de la nulidad á que están reducidos y del tristísimo papel que hacen.

—Aquí hay alguna mano oculta, Sr. Collado—exclamó con rabia el duque.—Aquí hay

alguna intriga. A Vd. y á mí nos están engañando, y con vivir tan cerca de Su Majestad, no sabemos lo que pasa.

Chamorro se encogió de hombros. El duque miróme con atención, y sus ojos parecían decirme: ¿Qué piensa Vd.?

—Todo depende—dije yo, rompiendo el silencio que, por darme mayor importancia, habia guardado hasta entónces;—todo depende de los humos que han echado algunos ministros, como el fátuo, el insolente D. Pedro Ceballos, como D. Juan Perez Villamil y otros.

—Bien, muy bien dicho—exclamó el antiguo aguador de la fuente del Berro, dándome una palmada en la rodilla para demostrarme su conformidad absoluta con mi parecer.

—Observen Vds. bien, cual es el plan de los ministros—proseguí enfáticamente.—El plan de los ministros bien claro se ve... es apoderarse del ánimo de Su Majestad, inclinarle á aceptar todas las medidas que ellos proponen, ordenar las cosas de modo que todos los asuntos públicos sean resueltos por ellos, y todos los destinos dados y quitados por ellos.

—Justo, eso, eso es—exclamó el duque,—Pipaon ha puesto el dedo en la llaga.

—Bien claro lo demuestran las providencias

que se están tomando—dijo Chamorro con ademán meditabundo.—Para imponer su voluntad, han empezado por aconsejar al Rey que vaya dejando á un lado las medidas de rigor. ¡Oh! aquí hay algo. En el aldehuela, más mal hay del que se suena.

—Como que ya han acordado suprimir las comisiones de Estado, y se han prohibido las denominaciones de *serviles* y *liberales*—indiqué yo.—En suma, señores, hay en el ministerio algunos individuos que se manifiestan deferentes ante el monarca; pero ¿qué pensaremos de un Ceballos, de un Villamil? ¿Qué pensaremos, repito, al verles empeñados en llevar el gobierno por los torcidos caminos de una tibieza hipócrita?

—Una tibieza que no es más que constitucionalismo disfrazado—dijo Alagon, echándosela de muy perspicuo.

—¡Constitucionalismo!—repitió Collado.—Así se lo he dicho esta mañana. Debajo del sayal hay al.

—¿Y qué dijo? ¿No hizo alguna observacion chusca?—preguntó con interés vivísimo el duque?

—Siempre que le hablo de esto, calla como un cartujo—repuso con descorazonamiento Collado. Al buen callar llaman Fernando.

Los dos cortesanos permanecieron meditados por breve rato.

—Yo no sé que raíces echa el tal D. Pedro donde quiera que pone los piés—dije yo;—pero es lo cierto, que cuando se instala, no se deja echar á dos tirones.

—Es hombre listo y que sabe manejarse—añadió el duque.—Cuando ha sabido hacer olvidar sus servicios á Bonaparte en Bayona y á las Córtes en Cádiz...

—Pues si he de ser franco, señores—afirmé yo con mucha hinchazon y petulancia,—manifestaré á Vds. una cosa, y es que... Vamos, lo diré en dos palabras. Si yo viviera en esta casa, D. Pedro Ceballos no duraría una semana en el ministerio.

—¡Ay, amigo!—me dijo el duque, poniéndome familiarmente su noble mano en el hombro.—¡Vd. no sabe qué clase de casa es esta!

—Se intentará, señores, se intentará—dijo Collado, rascándose la frente.—Otras cosas ha habido más difíciles.

—Mucho más fácil sería dar en tierra con Villamil; ¿no es verdad, Sr. Pedro?

—Ese tiene su pasaporte colgado de un pelo, como la espada de Demóstenes—afirmó socarronamente el aguador.

—De Damocles, querrá Vd. decir—indicó

Alagon.—Pues es preciso romper ese cabello; ¿me entiende Vd., Sr. Collado?

—Ya, ya, se hará—murmuró el ex-aguador, dándose importancia.—Yo creo que Su Majestad tiene razon, señor duque. Estamos abusando, estamos abusando de su mucha bondad. Verdad es que si algo hacemos, muévenos el gran cariño que le tenemos todos.

—¡Abusar!—exclamó el duque con desabrimiento.—Por mi parte hace tiempo que estoy casi en desgracia. Recibo muy pocos favores.

—¡Hombre de Dios, y todavía se queja!—gruñó Collado, con cierto enojo.—¡Despues que á cambio de las condenadas bandoleras, se ha llevado la mitad de los beneficios, de las prebendas, de las raciones, de las abadías, de las capellanías, de las colecturías, de las examinadurías sinodales, de las difinidurías de la Santa Iglesia! Y todavía pide más. ¿Qué es lo que quiere la mona? piñones mondados.

—Ya vé Vd...—repuso el prócer con mal humor.—No he podido conseguir la canongía de Murcia, que es para mí de gran empeño... Pero no cedo; esta noche misma hablaré de ello á Su Majestad... Veremos si cuento con Artieda, hombre de gran poder en la provision de piezas eclesiásticas.

—Artieda—repuso Chamorro, — trae entre